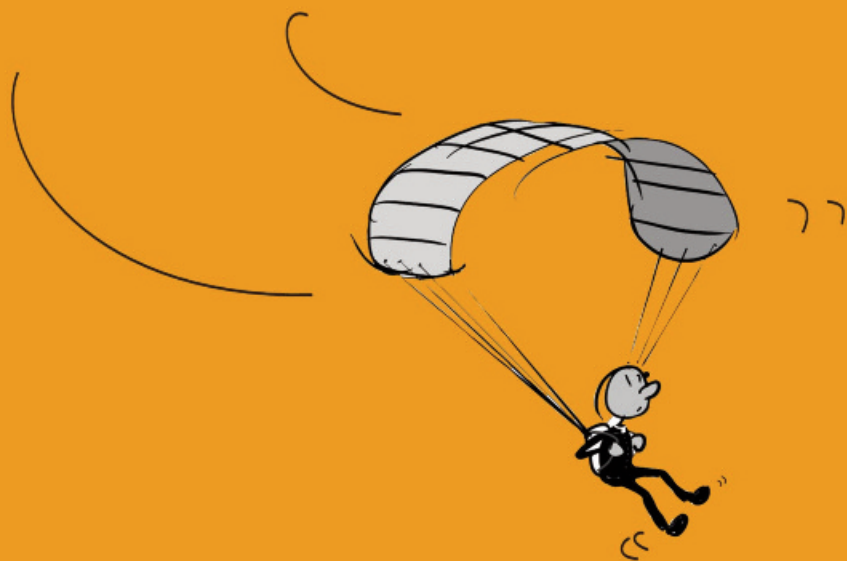


cuadernos

30
AÑOS

VIENTOS DE CAMBIO
La Iglesia ante
los signos de los tiempos



178

F. Javier Vitoria

VIENTOS DE CAMBIO
LA IGLESIA ANTE LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

F. Javier Vitoria

INTRODUCCIÓN	3
1. EL CONCEPTO «SIGNOS DE LOS TIEMPOS»	5
1.1. El uso	5
1.2. El significado	9
1.3. Los signos del Reinado de Dios en «las experiencias de contraste»	12
1.4. Los pobres y el discenimiento de los signos de los tiempos	13
2. CUATRO SIGNOS ACTUALES DEL REINADO DE DIOS	16
2.1. Las desigualdades del mundo	16
2.2. La emancipación de las mujeres	20
2.3. El pluralismo cultural	23
2.4. La cultura democrática	26
2.5. Punto final	27
NOTAS	29
CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN	31

A los quemados,
a los hartos,
a los cansados o simplemente aburridos
por los modos de proceder de la Iglesia institucional.
Con la ilusión de que la esperanza, suscitada por el Vaticano II,
pueda renacer pronto
desde las cenizas de su derrota.

F. Javier Vitoria, es sacerdote de la diócesis de Bilbao. Profesor jubilado de la Facultad de Teología de Deusto. Profesor invitado en la UCA de El Salvador. Miembro del consejo de dirección de la revista *Iglesia Viva*. Ha publicado con esta colección: *Irak ¿guerra preventiva?* (Cuaderno nº 117); *Cristianismo beligerante con la injusticia. Manifiesto a los 20 años de CJ* (Cuaderno nº 100); *Un orden económico justo* (Cuaderno nº 87). Es miembro del equipo de *Cristianisme i Justícia*.

INTERNET: www.cristianismeijusticia.net • Dibujo de la portada: Roger Torres • Impreso en papel y cartulina ecológicos • Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • Teléfono: 93 317 23 38 • Fax: 93 317 10 94 • info@fespinal.com • Imprime: Edicions Rondas, S.L. • ISSN: 0214-6509 • ISBN: 84-9730-287-7 • Depósito legal: B-4.228-2011 • Febrero 2012

La Fundació Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundació Lluís Espinal. Solo se utilizan para la gestión del servicio que le ofrecemos, y para mantenerle informado de nuestras actividades. Puede ejercer los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a: c/ Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona.

INTRODUCCIÓN

«Es propio de todo el Pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la Verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada» [GS 44a]

«El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu» (Jn 3,8). Con estas palabras Jesús de Nazaret invita a Nicodemo a escuchar la voz del Espíritu de Dios. Es su *conditio sine que non* para nacer de nuevo y entrar en el Reino de Dios (cf. Jn 3,3.5). Una invitación semejante de su Señor llega hasta la Iglesia del siglo XXI en estos tiempos tan extensos de encrucijadas y tan aturcidos en las crisis. Pero con una particularidad. El Soplido del Espíritu no es un viento poderoso que «arranca matorrales y limpia los caminos de siglos de destrozos» contra la justicia y la libertad, como hemos cantado tantas veces gracias a la inspiración de José Antonio Labordeta. Tampoco parece que sea verdad que «la semilla de los nuevos tiempos llega con los vendavales», como cantaba Carlos Cano en memoria de aquel gigante de la solidaridad con los pobres y testigo del Evangelio que fue Diamantino García. El Soplido del Dios del Reino y de Jesús de Nazaret tiene más bien la intensidad sonora del susurro de aquella brisa suave, que el profeta Elías escuchó en el monte Horeb (cf. 1Re 19,9-12). Si hacemos caso a Dolores Aleixandre, la Iglesia va a necesitar escuchar «la voz de un silencio tenue»¹ en una época y en un espacio agitados por aires huracanados de todo tipo. Tarea nada sencilla en medio de tanto barullo ensordecedor. Y sin embargo de una importancia vital para ella.

Con sensibilidad evangélica y una sabiduría que recuerda a la de los parapentistas, la Iglesia ha de saber identificar la voz del «Viento de Dios», averiguar dónde sopla y en qué dirección para dejarse mover por él, y no por “otros aires”, aunque soplen desde la curia vaticana. Y si alguien se siente molesto por esta alusión a la curia, le invito a recordar una lección de la historia reciente de la Iglesia: el concilio Vaticano II, bajo la dirección del Espíritu Santo, salió adelante con la oposición de los poderes fácticos de la curia vaticana y tras rechazar algunos de los esquemas iniciales que los curiales habían preparado para el debate y la aprobación conciliar. El Soplido de Dios es el único

aire capaz convertir el actual desmoronamiento de la institución eclesial en el vuelo de la sacramentalidad salvífica para la humanidad [cf. LG 1] y de impulsar a la Iglesia nuevamente rumbo a los espacios del Reino para acogerlo y servirlo. Este cuaderno está escrito con la intención de compartir con los compañeros y las compañeras de mesa de Jesús esta convicción: vientos de renovación recorren la Iglesia impulsados por la Voz de Dios.

El Soplido de Dios viene envuelto en los vientos recios de cambio que hoy recorren nuestro mundo. Unas veces chocando, otras sorteando, pero siempre pugnando con otras corrientes poderosísimas que pretenden sofocarlos para perpetuar “el desorden establecido” en el que vivimos. En este crucial contexto histórico el anuncio del Reino de Dios no podrá ser anunciado si no va acompañado «del testimonio de la potencia del Espíritu Santo, presente en la acción de la comunidad cristiana al servicio de sus hermanos y hermanas, en los puntos donde se juegan éstos su existencia y su porvenir» (Pablo VI, *Octogesima Adveniens* 51). Entendemos los signos de los tiempos como los ecos del Soplido susurrante de Dios y subrayamos la importancia de su indagación y discernimiento para que una Iglesia, renacida de nuevo, pueda dar testimonio de la potencia del Espíritu, cumpliendo hoy con su misión de anunciar e instaurar el Reino de Dios, siendo ella misma «en la tierra el germen y el principio de ese reino» [LG 5].

1. EL CONCEPTO «SIGNOS DE LOS TIEMPOS»

El uso del concepto «signo de los tiempos» es muy reciente en la Iglesia. Sólo tiene cincuenta años. El 25 de diciembre de 1961, Juan XXIII lo introdujo en el lenguaje del magisterio, por primera vez y en un contexto histórico crucial para la Iglesia, mediante la Constitución *Humanae Salutis* que convocaba el concilio Vaticano II. «Siguiendo la recomendación de Jesús, cuando nos exhorta a distinguir claramente los *signos... de los tiempos* (Mt 16,3), –escribe el Papa Roncalli– Nos creemos vislumbrar, en medio de tantas tinieblas, no pocos indicios que nos hacen concebir tiempos mejores para la Iglesia y la humanidad.»²

1.1. El uso

Pablo VI también utilizará la noción como clave de la renovación de la Iglesia:

«Esto no significa que pretendamos creer que la perfección consista en la inmovilidad de las formas, de que la Iglesia se ha revestido a lo largo de los siglos; ni tampoco en que se haga refractaria a la adopción de formas hoy comunes y aceptables de las costumbres y de la índole de nuestro tiempo. La palabra, hoy ya famosa, de nuestro venerable Prede-

cesor Juan XXIII, de feliz memoria, la palabra *aggiornamento*, Nos la tendremos siempre presente como norma y programa; lo hemos confirmado como criterio directivo del Concilio Ecuménico, y lo recordaremos como un estímulo para la siempre renaciente vitalidad de la Iglesia, para su siempre vigilante capacidad de estudiar los signos de los tiempos y para su siempre joven agilidad de “probar... todo y de apropiarse lo que es bueno” (1Tes 5,21); y ello, siempre y en todas partes.» [*Ecclesiam Suam* 19]

Finalmente el Concilio Vaticano II, no sin protagonizar un fuerte debate en el aula conciliar,³ la consagrará definitivamente para la vida eclesial.⁴ La Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual postulará la indagación de «los signos de los tiempos», como tarea propia de todo el Pueblo de Dios, con una trascendental triple finalidad: a) responder a los interrogantes de cada generación;⁵ b) percibir la presencia y los planes de Dios en la historia;⁶ y c) hacer inteligible al hombre de hoy la verdad revelada.⁷

Conviene detenerse y reflexionar sobre un par de afirmaciones del Concilio que hoy corren el peligro de olvidarse e incluso negarse en la práctica.

1.1.1. Auscultar, discernir e interpretar los signos de los tiempos

El Vaticano II afirma taxativamente que es una tarea propia de «todo el Pueblo de Dios», auscultar, discernir e interpretar los signos de los tiempos, aunque les reconozca a los obispos y a los teólogos un papel principal en esa tarea [cf. *GS* 44a]. Indirectamente el Concilio está recordando que el discernimiento eclesial de la voluntad de Dios (qué es lo bueno para su Reino que Dios reclama de «todo el Pueblo de Dios» en unas circunstancias históricas determinadas) es una exigencia intrínseca del seguimiento de Jesús, que nadie en la Iglesia debe olvidar, impedir o negar.

Consecuentemente hay que calificar de impropias de la tradición conciliar algunas de las afirmaciones del Código de Derecho Canónico acerca de los consejos de pastoral diocesanos. De acuerdo

con la eclesiología de comunión del Vaticano II, el consejo de pastoral debería ser el órgano principal de expresión de la comunión y la corresponsabilidad de esa Iglesia local o diócesis. Ningún otro organismo diocesano representa a «todo el Pueblo de Dios» mejor que él. Consecuentemente parece lógico que sea el lugar eclesial preferente donde esa porción del Pueblo de Dios es convocada para de manera corresponsable auscultar, discernir e interpretar los signos de los tiempos con el fin de anunciar e instaurar el Reino de Dios en aquel territorio, siendo él mismo su germen y su principio [cf. *LG* 5].

No parece, por tanto, de recibo ni que la constitución del consejo de pastoral dependa del arbitrio del obispo y no sea algo normativo en la vida de las Iglesias locales, como ocurre con la del consejo del presbiterio, que sí lo es (c. 495); ni que el voto del consejo sea meramente consultivo y no deliberativo (cf. *CIC* 511;514). El mismo despotismo y la misma calidad del voto se vuelven a repetir con ocasión de los consejos de pastoral parroquiales (cf. c. 536).

**Ante la imagen canónica
de una Iglesia piramidal,
no hay control jurídico
del ejercicio de su poder**

Estamos ante la imagen canónica de una Iglesia piramidal, muy alejada de la conciliar. La jerarquía en sus distintos niveles –desde el más elevado (el obis-

po) hasta el más bajo (encargado de la parroquia)— está en condiciones de hacer y deshacer a su antojo. Nada se lo impide. Por una razón bien sencilla: no existen controles jurídicos del ejercicio de su poder. La Iglesia se convierte así en un campo abonado para los desmanes de los *ottavianis* de turno, que «haberlos, hailos».

Los defensores de semejante desatino suelen parapetarse tras la afirmación de que la Iglesia no es una democracia para a continuación largar una serie de razonamientos seudoteológicos. Cada día que pasa este discurso me parece más tedioso, más extraño para la sensibilidad de los hombres y mujeres de hoy, más inconsistente su justificación teológica y menos evangélicos los intereses desde los que se elabora y mantiene. La falta de entidad de los consejos de pastoral debilita la comunión en la Iglesia, pues, como dice la Nota explicativa previa de la *Lumen Gentium*, el sentido de la comunión «no es el de un afecto indefinido, sino el de una realidad orgánica, que exige una forma jurídica y que, a la vez, está animada por la caridad».

Mi larga experiencia como consejero me dice que el decaimiento y la pérdida progresiva de vitalidad de los consejos de pastoral tienen su origen en una certeza que de manera creciente se va abriendo paso entre sus miembros a medida que van transcurriendo las sesiones: son convocados por el obispo para un trámite sin entidad real para la vida de la diócesis. Lo realmente importante lo deciden en otro lugar los mandamases de siempre. Mucha gente buena y capaz se aburre, se cansa y abandona porque ya no cree que el consejo sirva para algo.

1.1.2. «El principio de vida» de la Iglesia

Recientemente González Faus ha recordado que el Vaticano II enseñó que «la verdadera Iglesia de Cristo “subsiste” en la Iglesia católica, pero no se identifica con ella [LG 8]», y que «esa enseñanza es precisamente, y significativamente, la que con más afán pretenden desmontar los que no aceptan el Vaticano II»⁸. Hoy quizás urja recordar una enseñanza complementaria del Concilio, que igualmente se pretende dejar de lado: la Iglesia católica-romana no es el Reino de Dios, sino solamente su anunciadora, su servidora, su germen y su principio [cf. LG 5]. Como ha quedado dicho más arriba, nada de esto será posible sin escuchar al Espíritu que es «el principio de vida o alma» de la Iglesia [cf. LG 7g; 4] y sin escrutar los signos de los tiempos. Pero nuevamente debo insistir con el Concilio en algo que se pretende ocultar: el Espíritu es el alma del Cuerpo de Cristo que lo constituye el Pueblo de Dios y a quienes tienen autoridad en la Iglesia les «competente ante todo no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno (cf. 1 Tes 5,12 y 19-21)» [LG 12].

La imagen pública de la Iglesia católica contradice y oculta esta enseñanza conciliar. Quien la contemple desde fuera no será capaz de sospechar esas palabras del Concilio. Más bien parece que el Espíritu sólo es «principio de vida» para la jerarquía y, si se me apura, sólo para el Papa. Todo aquello que quede fuera de las consignas oficiales es reprimido o prohibido por los jefes, sin intentar probarlo todo para quedarse con lo bueno. El riesgo de sofocar el Espíri-

tu es creciente en la Iglesia católica-romana. Se ha renunciado al diálogo como único medio evangélico de buscar la verdad y de crear comunión y se ha optado por la imposición con “el rodillo” del poder y de la amenaza, que nada tiene que ver con Jesús (cf. Lc 22,24-27). Las cuestiones debatidas en el interior de la Iglesia (p.e., la moral de la vida, el papel de la mujer, la elección y designación de obispos, la democratización de las estructuras eclesiales, la figura histórica de los presbíteros, el modelo de evangelización y de presencia pública de la Iglesia, etc.) pretenden zanjarse por la fuerza de un poder despótico y la renuncia al ejercicio de la autoridad evangélica de la verdad. Con la imposición y el despotismo como procedimientos no hay condiciones para el discernimiento de los signos de los tiempos, que pedía Jesús (cf. Mt 16,3). El riesgo de confundir espíritus ajenos a Jesús con señales del Reino de Dios es altísimo.

Existe un alto riesgo de confundir espíritus ajenos a Jesús con señales del Reino

Quienes así actúan lo pueden hacer –¡qué duda cabe!– con muy buena voluntad como Pedro reprimiendo a Jesús en el camino de Cesárea de Filipo (cf. Mc 8,27-33); o cegados por intereses de dominación religiosa como quienes acusaron a Jesús de echar demonios con el poder de Beelzebul (cf. Mt 12,22-28). El resultado final siempre es el mismo: quiebran la caña cascada y apagan la

mecha humeante en contra del Espíritu del Siervo (cf. Mt 12,20). Cuando se actúa de semejante manera, siempre se desobedece al Señor. Y más aún, si se traspasa su prohibición expresa de «arrancar la cizaña» (cf. Mt 13,29)⁹. En estas circunstancias no queda más remedio que disentir para reformar la Iglesia.¹⁰

1.1.3. Dimensión pneumática y carismática de la eclesiología

Estoy convencido de que este modo de proceder se debe a un miedo polifacético que atenaza a la Iglesia oficial. Y no olvidemos que, según el NT, lo contrario a la fe es el miedo. Víctor Codina en un libro dedicado al Espíritu ha inventariado los miedos eclesiales en dieciséis apartados.¹¹ El denominador común de todos esos agentes que dan tanto miedo es que su mera presencia cuestiona el poder y los privilegios de los servidores del aparato eclesiástico. Éstos, como los fariseos y los saduceos de la época de Jesús, les reclaman una señal del cielo –que muy probablemente confunden con «la Gloria de Bernini» para poder confiar en ellos (cf. Mt 16,1-3). Pero las señales de la novedad del Reino y de su Espíritu que Dios nos ofrece son siempre “terrenas” o *humanas*, pues en caso contrario no serían para nosotros; necesariamente *ambiguas*, pues desvelan y ocultan, al mismo tiempo, la presencia de Dios en la historia; *controvertidas*, pues no son las que los seres humanos naturalmente esperamos; y finalmente *impuras*, pues invariablemente están manchadas por el barro de la historia humana.

La institución eclesial necesita recuperar prácticamente la fe en la acción vi-

vificadora, animadora y orientadora del Espíritu en todo el Pueblo de Dios. En una palabra, la dimensión pneumática y carismática de la eclesiología. «El punto de partida de la doctrina de la Iglesia ha de ser la doctrina del Espíritu Santo y de sus dones.» Así escribía J. Ratzinger hace cuarenta y tres años, saliendo al paso del riesgo de una eclesiología elaborada exclusivamente a partir de la humanidad de Cristo. Y añadía:

«Cristo sigue presente mediante el Espíritu Santo con su apertura, amplitud y libertad que no excluye en modo alguno la forma institucional, pero que sí limita sus pretensiones y que no la equipara con las instituciones mundanas.»¹²

Los síntomas de la negación práctica de la dimensión pneumática de la Iglesia son la unilateralidad en la toma de decisiones, el silenciamiento de los discrepantes, la represión de toda novedad, la prohibición del ensayo en la acción pastoral y evangelizadora, el acotamiento de los espacios de libertad, etc. Todos ellos son indicadores de una Iglesia institucional sin límites en sus pretensiones y que se equipara en su funcionamiento con las instituciones mundanas de cuño autocrático.

En fidelidad a su dimensión pneumática la Iglesia católica necesita urgentemente establecer, en todos sus estamentos, medios verdaderos y eficaces de indagación y discernimiento comunitario de los signos de los tiempos, que abran en ella el camino de una reforma que, en cuanto institución terrena y humana, necesita constantemente (cf. UR 6).

1.2. El significado

Desde el Vaticano II hasta hoy la expresión «signos de los tiempos» se ha convertido tendencialmente en una de las categorías fundamentales de la teología emergente postconciliar, para definir particularmente las relaciones de la Iglesia y del mundo. Sin embargo no siempre se utiliza con el mismo significado.

Generalmente se consideran signos de los tiempos a aquellos fenómenos sociales y culturales que, como consecuencia de su generalización y gran frecuencia, caracterizan una época determinada y expresan las necesidades y las aspiraciones de la humanidad. Son fenómenos impactantes que dan señales de formas de existencia humana más justas y más dignas. Su significatividad no está sobreañadida desde fuera por quienes los leen como tales, sino encarnada en la realidad histórica. La tipicidad, los indicios de tiempos mejores que señalan, el consenso colectivo que despiertan y su irreversibilidad constituyen algunos criterios para identificarlos.¹³

Los signos del tiempo
caracterizan una época,
expresan las necesidades
y las aspiraciones
de la humanidad

Éste es el significado más habitual que la noción tiene en los textos del Vaticano II. Sobre todo en la *Gaudium et Spes*. Hasta el momento conciliar la Iglesia había permanecido enfrentada

con la modernidad. Insensible e inmutable ante los cambios experimentados en el mundo, vivía encerrada en sí misma para no contaminarse y no caer en la tentación del cambio. La cuestión de los signos de la época tuvo dos efectos muy saludables para la Iglesia:

1) Se percibió como una llamada de atención y, si se me apura, como una señal de alarma. Algo no marchaba bien en la Iglesia. Los cambios del mundo moderno eran una demanda implícita de cambios en la Iglesia.

2) Se aceptó como una indicación para el reconocimiento favorable de los valores de la modernidad (p.e., democracia, derechos humanos, desarrollo económico, transformaciones sociales socialdemócratas, racionalidad científica, etc.), y como un impulso para una mejor adaptación eclesial a las sociedades modernas.¹⁴ Implícitamente la cuestión de los signos de los tiempos se convirtió en un antídoto contra el miedo a «los vientos de cambio», que siempre conduce indefectiblemente a sofocar el Espíritu.

Pero hay otro uso de la noción que me parece más decisivo para la vida de la Iglesia. De acuerdo con el significado de Mt 16,1-3, la expresión «signos de los tiempos» debería reservarse para los signos del Reinado de Dios. Coincido con Luis González-Carvajal, cuando afirma que los signos de los tiempos «no son, por tanto, signos de los tiempos actuales, sino signos de los últimos tiempos. En consecuencia, no todos los rasgos característicos de una época son “signos de los tiempos”, sino únicamente aquellos en los que se manifiesta la salvación»¹⁵.

1.2.1. *El discernimiento*

En consecuencia, en el discernimiento de los signos de los tiempos, la Iglesia busca «saber qué hacer en el momento actual para que se realicen los tiempos anunciados por Jesús»¹⁶. El Pueblo de Dios indaga y discierne los signos de los tiempos para saber cómo va esta historia respecto del Reinado de Dios que Jesús anunció e hizo presente. Es decir, para vislumbrar cuál es el estado de la justicia y el derecho en el mundo (cf. Jer 23,5;33,15; Is 11,4-5); para evaluar si hay buenas noticias para los pobres en esta tierra (cf. Lc 4,16-19); para verificar si en el siglo XXI Dios derriba a los poderosos de sus tronos y exalta a los humildes, si a los hambrientos colma de bienes y despidе a los ricos con las manos vacías (cf. Lc 1,51-53); para comprobar si la fraternidad humana marcha según lo previsto por el Dios del Reino, «Padre/ Cabeza de la familia del mundo»¹⁷.

La mística de ojos abiertos, de la que tanto hemos hablado en los últimos años, necesita el alimento del discernimiento de los signos de los tiempos por medio del Evangelio. Sin embargo hemos de reconocer que con frecuencia en la Iglesia y las comunidades eclesiales damos la impresión de estar en la higuera, pero no en la de Zaqueo (cf. Lc 19,1-10), y el Señor pasa por delante sin verlo. La ingente tarea de responder a «los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la mutua relación entre ambas» [cf. GS 4 y 11], reclama una Iglesia experta en las señales indicadoras de la vigencia del Reino de Dios

entre nosotros hasta convertirlas en suyas propias. El ejercicio del discernimiento conciliar de los signos de los tiempos “abrió los ojos” a la Iglesia que pasó de condenar al mundo moderno a bendecirlo. Este cambio de práctica eclesial me evoca la historia de Balaán que, contratado por el rey moabita para maldecir a Israel, terminó bendiciéndolo, no sin antes haberse visto obligado por Dios a «bajarse de la burra» (cf. Nm 22-24)¹⁸.

La capacidad para detectar
señales del Reino
en medio de las ambigüedades
debe empapar la vida eclesial
de abajo arriba

La capacidad para detectar señales del Reino en medio de las ambigüedades de nuestro presente debe empapar la vida eclesial de abajo arriba. La Iglesia no es el recinto donde el Espíritu se manifiesta de manera exclusiva y donde en consecuencia es administrado burocráticamente. La Iglesia de «los signos» es como un “radar” que descubre y señala aquellas realidades de nuestro mundo donde el Espíritu de Reino se está manifestando, muchas veces sin que sus propios protagonistas sean muy conscientes de ello. Los comportamientos eclesiales no debieran volver a reflejar una eclesiología de “la ciudadela amurallada”, protegida del mundo y enfrenada con él. Sino irradiar una eclesiología del “dedo que señala” el paso de

Dios por la historia, ya que, como recordó el Vaticano II, su Reino ya está presente parcialmente entre nosotros [cf. GS 39].

1.2.2. *El Reinado de Dios*

De ningún modo pretendo confundir el Reinado actual de Dios en el mundo con su meta universal. Sería unilateral contemplar el Reinado de Dios únicamente en su consumación escatológica. De la misma manera, es erróneo identificar el Reinado de Dios con sus anticipaciones históricas. El Reinado de Dios actúa en la historia de manera oculta y conflictiva. Sus anticipaciones son la *inmanencia* del Reinado escatológico de Dios y el Reinado venidero es la *transcendencia* de esas anticipaciones que son objeto de fe y experiencia. Esta comprensión prohíbe tanto situar el Reinado de Dios en un más allá que no tenga relación con la vida terrestre como identificarlo con una situación determinada de la historia. Sin la contrafigura trascendente del Reinado de Dios sus anticipaciones pierden su punto de orientación. Sin las anticipaciones inmanentes del Reinado su futuro trascendente se convertiría en una mera ilusión “utopista”. Por eso la Iglesia en su servicio al Reinado de Dios debe poner en práctica la obediencia a la voluntad de Dios, que transforma el mundo, y la oración por la venida del Reino. Así lo hacemos cada vez que oramos con el «Padre nuestro»¹⁹. Y así lo hicieron los primeros cristianos cuando suplicaban con la petición *¡maranatha!* la segunda venida del Señor para que interrumpiera su sufrimiento.²⁰

1.3. Los signos del Reinado de Dios en «las experiencias de contraste»

Esta concepción cualitativa o kairológica del tiempo no debe significar que la indagación y el discernimiento de los signos de los tiempos hayan de realizarse exclusivamente en las cualidades positivas de cada época. Semejante comportamiento sería un gravísimo error, fruto de una concepción fundamentalista de «los vientos de cambio» y optimista del progreso, tan denostada por W. Benjamin o por J. B. Metz. La Iglesia necesita aprender a descifrar lo que en la negatividad de nuestro mundo hay de signo (en peligro o negado, [aparentemente] vencido o crucificado) del Reinado de Dios. Para desvelarlo y defenderlo. Semejante ejercicio viene demandado por la sabiduría de la cruz.

Jesús de Nazaret es el Signo Primordial del Reino, que hace inteligibles a los ojos de la fe los signos de Dios. Pero el Signo de los signos fue en su tiempo signo de contradicción (cf. Lc 2,34) y tuvo a la gente dividida (cf. Jn 7,43). No soportaron ni que señalara lo que el Dios del Reino no quería —una religión encubridora de la injusticia (cf. Mt 9,10-13)— ni que se enfrentara con los demonios en nombre del Reinado de Dios (cf. Mc 1,24;5,7). Lo eliminaron en una cruz. Tras su resurrección la figura humana del Signo Primordial será para siempre el Cristo crucificado, fuerza y sabiduría de Dios (cf. 1Cor 1,18-25).

Esa sabiduría invita constantemente a la Iglesia a indagar y discernir signos de los últimos tiempos en esas experiencias humanas que se han llamado «experiencias de contraste» y que seña-

lan lo que Dios no quiere²¹ o lo diabólico de nuestro mundo que se opone al Reinado de Dios. La luz del Crucificado desenmascara lo que las fuerzas dominantes de nuestro mundo niegan o esconden de la realidad, recurriendo a discursos “sensatos y razonables” para justificar y consolidar su dominio. Desvela lo que realmente está ocurriendo en el mundo pero queda oculto por deseo de los poderosos.

El discernimiento
de los signos de los tiempos
es una tarea peligrosa
y al mismo tiempo salvadora
para la Iglesia

Precisamente esta sabiduría de la cruz impide que el discernimiento de los signos de los tiempos sea una tarea inocua para la Iglesia, convirtiéndola en peligrosa y al mismo tiempo en salvadora para ella. Según la sentencia del extracanónico Evangelio de Tomás (*Logion* 82), Jesús dice: «Quien esté cerca de mí, está cerca del fuego; quien esté lejos de mí, está lejos del Reino». El peligro y la amenaza constituyen, recuerda J. B. Metz, la situación básica de la Iglesia en el mundo:

«Allí donde el cristianismo está cada vez más arraigado y se hace más llevadero; allí donde resulta más fácil de vivir y se convierte para muchos en una sublimación simbólica de lo que, de todas formas, ocurre y de lo que, en esa medida, determina

el mundo, allí su futuro mesiánico es débil. Por el contrario allí donde resulta difícil de soportar y se muestra rebelde; allí, por tanto, donde promete más peligro que seguridad, más desarraigo que protección, allí se encuentra a todas luces más próximo a aquel que parece haber dicho: “Quien esté cerca de mí, está cerca del fuego; quien esté lejos de mí, está lejos del Reino.”»²²

1.3.1. Anticipaciones históricas del Reino de Dios

La sabiduría crucificada de las señales del Reino no evita el sentimiento de perplejidad que tantas veces causa la constatación de la aparente inevitabilidad de lo que ocurre y la persistencia de las injusticias estructurales, que tantísimas víctimas humanas y destrozados ecológicos produce. Pero otorga su energía divina para la superación de ese estado de ánimo en cuanto que descubre las posibilidades viables de un futuro todavía inédito, que cada momento histórico encierra para el futuro de la humanidad.

Esta sabiduría identifica señales de vida del Crucificado en los “corredores de la muerte” de nuestro mundo, y capacita para el descubrimiento mayor: en las grietas de este sistema de muerte hay signos de vida; en este inmenso mar lleno de naufragos hay gentes que se las ingenian y se organizan para navegar; en pleno ojo del huracán ya se avistan “islas de esperanza” hacia donde dirigir el rumbo; en el interior del cautiverio surgen “zonas liberadas”; en medio de la apatía generalizada hay todavía capacidad de indignación ciudadana; en

nuestras sociedades de siervos se inventan redes de libertad; en las barriadas de la periferia de la cultura satisfecha se promueven prácticas alternativas para la aldea global... Todas estas realidades son anticipaciones históricas del Reino de Dios. Toparse con ellas facilita seguir en la brecha sin echar la toalla o quemarse. Ese encuentro renueva energías. Justamente permite seguir apostando, ya en el presente, por un futuro que tiene toda la fragilidad de lo que aún no existe y de lo que no es demostrable ni manipulable. Ese encuentro nos permite seguir esperando la llegada de un Reinado de Dios que siempre se retrasa; nos impulsa a negarnos a dejar a nadie por imposible; a aguardar con una confianza terca y activa de que en uno mismo y en los otros sigue actuando la semilla del Reinado de Dios.

1.4. Los pobres y el discernimiento de los signos de los tiempos

Luís González-Carvajal propone tres criterios hermenéuticos para el proceso de discernimiento del presunto signo de los tiempos: el análisis sociológico, el análisis teológico y la indagación de su capacidad significativa en nuestro universo espiritual o, al menos, para aquellos hombres y mujeres que no aprisionan la verdad con la injusticia (Cf. Rom 1,18)²³.

1.4.1. Análisis sociológico

La teoría del conocimiento nos ha enseñado que no existen lecturas neutrales o inocentes de la realidad. Tampoco, de los signos de los tiempos. Todo es según

el color del cristal con que se mira, dice el aforismo castellano. Todo es según el dolor con que se mira, rectificará con mucha razón Mario Benedetti. Todas nuestras miradas van precedidas de una lente de contacto llamada precomprensión, “fabricada” con materiales diversos: nuestros intereses vitales y grupales (sin interés no hay posibilidad alguna de conocimiento), nuestro bagaje cultural e ideológico, nuestra situación social e incluso nuestra propia psicología.

No existen lecturas neutrales o inocentes de los signos de los tiempos

La clave del éxito de la mirada consiste en conseguir que esta inevitable precomprensión no se convierta en prejuicio que domestique nuestra la lectura. Y para este fin resulta imprescindible tomar conciencia de la posible existencia de presupuestos no concienciados que nos pueden volver ciegos, que colamos el mosquito y nos tragamos el camello (cf. Mt 23,24). Pero además, siempre se mira la realidad desde algún lugar territorial o social. En este sentido se puede afirmar que no hay una mirada ideal extraterritorial desde la que observamos lo que ocurre a nuestro alrededor. No hay, por tanto, mirada sin condicionamientos. La actual crisis económica no se contempla de la misma manera desde Alemania que desde Grecia; al Ibex 35 no se le presta la misma atención desde el edificio de la Bolsa de Madrid que desde los tugurios de la

Cañada Real; una sentencia judicial de desahucio no se reconoce de la misma forma en la oficina bancaria que en la vivienda embargada.

1.4.2. Análisis teológico

Todo este tipo de condicionamientos afectan al discernimiento de los signos de los tiempos. Seguramente la mirada del Vaticano II sobre el mundo moderno y su búsqueda de los signos de los tiempos estuvo condicionada por una gran empatía consciente hacia la modernidad, pero además y de manera más inconsciente por el eurocentrismo, la mentalidad burguesa y la visión democristiana de la realidad. La historia posterior muestra claramente cómo la recepción del concilio se ha realizado –para alentar o sofocar el espíritu conciliar– desde otros condicionamientos. En este sentido escribía hace unos años Gustavo Gutiérrez:

«La recepción [del concilio] supone una cierta alteridad, que en este caso se da entre el contexto histórico de la iglesia en América Latina y el mundo europeo, desde el cual parte la mirada universal del Concilio [...] No es posible olvidar, sin embargo, que esa recepción tiene una clara y necesaria mediación. Ella pasa por la aceptación de la exigencia conciliar de estar atentos a los signos de los tiempos. En el caso de la iglesia latinoamericana, eso supone mirar cara a cara la inhumana situación de la pobreza y opresión en que vive la inmensa mayoría del pueblo de este continente y ser sensible a su aspiración de liberación. Pero esto no po-

drá ser hecho verdaderamente si esas realidades no son confrontadas con el mensaje del Reino de Dios.»²⁴

1.4.3. Indagación

¿Recomienda el Evangelio alguna perspectiva para la indagación y el discernimiento de los signos de los tiempos? Me parece que indirectamente sí. Según constató el mismo Jesús histórico (cf. Mt 11,25), la situación de los pobres ofrece una perspectiva privilegiada para la percepción y discernimiento de los signos del Reino. Cornie expresó este dato evangélico con la fórmula «el privilegio hermenéutico de la personas y de los pueblos oprimidos», que ha sido tachada de ambigua²⁵. Seguramente no es posible resolver teóricamente el contencioso que plantea la crítica de la fórmula. Pero sería muy importante alcanzar, al menos, el siguiente consenso: la hermenéutica de los pobres es “privile-

giada”, aunque no sea «exclusiva, porque es la que más necesidad tiene de escuchar la Iglesia».

Desde este asentimiento es relativamente fácil deducir este otro: la Iglesia de hoy precisa inexcusablemente elegir la situación de las víctimas generadas por la globalización capitalista para el ejercicio del discernimiento de los signos de los tiempos. En ese lugar se le “abrirán los ojos” y encontrará un acceso inmejorable a la revelación de las señales del Reinado de Dios. Todas ellas preludian vientos de cambio, que atraviesan fronteras religiosas y culturales buscando que otro mundo sea posible y no sólo necesario; que “la aldea global” alcance en todas sus barriadas un estadio superior de desarrollo humano integral, un despliegue global de la justicia, de la libertad, de la fraternidad y de la paz; que los seres humanos seamos de otra manera, viviendo a un nivel más humano.

2. CUATRO SIGNOS ACTUALES DEL REINADO DE DIOS

A la luz poderosa que, proveniente de los pobres, ilumina las tinieblas de nuestro mundo,²⁶ me permito proponer cuatro signos actuales de los nuevos tiempos inaugurados por Jesús de Nazaret: las desigualdades del mundo, la emancipación de las mujeres, el pluralismo cultural y la democracia. Seguramente no son los únicos. Hay otros. Sin duda. Pero los propuestos me parecen los que la Iglesia tiene hoy más necesidad de atender y obedecer. Cada uno de ellos es una oportunidad para renacer del Espíritu, que se le presenta a todo el Pueblo de Dios y no solamente a la jerarquía de la Iglesia, aunque ésta obviamente esté más urgida en su responsabilidad por el Soplo de Dios que contienen los vientos de cambio.

2.1. Las desigualdades del mundo

«La crisis económica que golpea nuestros países después de tiempos de crecimiento y bienestar pueden volvernos más ciegos de lo que ya estábamos.» Con estas palabras Rafael Díaz-Salazar inicia un pequeño libro sobre las desigualdades internacionales.²⁷ Su alusión a nuestra ceguera crónica y su grito –¡justicia ya!– confirman mi vieja convicción de que la pobreza del mundo es

el signo mayor de Reinado crucificado de Dios. Nada comparable con la desigualdad estructural y obscena de nuestro mundo pone más en evidencia que el Reinado de Dios no marcha de ninguna manera según lo previsto.²⁸ Nada, ni siquiera el relativismo moral, por mucho empeño que se ponga en denunciarlo a tiempo y a destiempo. Nada semejante, lo diré con palabras de Jaime Gil de Biedma, al «dolor de tantos seres injuriados, rechazados, retrocedidos al últi-

mo escalón, pobres bestias que avanzan derrengándose por un camino hostil, sin saber dónde van y quién les manda, sintiendo a cada paso detrás suyo ese ahogado resuello y en la nuca ese vaho caliente que es el vértigo del instinto, el miedo a la estampida, animal adelante, hacia delante, levantándose para caer aún, para rendirse al fin, de bruces y entregar el alma porque ya no pueden más con ella». Nada, como la brutal injusticia de nuestro mundo, certifica mejor la conclusión del poeta barcelonés: «Así es el mundo y así los hombres.»

Para todo el pueblo de Dios esa descomunal *ecumene* de dolor debiera ser, por contraste, signo de la permanente anonadación histórica del misterio de la piedad de Dios (cf. 1Tim 3,16). Y los pastores y los teólogos debiéramos contribuir a su discernimiento. En esa comunidad de sufrientes se prolonga privilegiadamente para la Iglesia la comunicación silenciada del Dios/Amor que desciende hasta nosotros. En esa multitud de seres humanos, puestos como un cristo, se activa la memoria y la actualización históricas del acontecimiento del Calvario. En los «conmovedores llantos inaudibles de los que nada esperan ya de nadie...» la Iglesia puede identificar ecos de los gemidos y los dolores de parto de la nueva creación nacida de la matriz divina del Espíritu (cf. Rom 8,14-27).

«Ese inmenso depósito de sufrimiento humano» es metáfora viviente de Jesús crucificado y, al mismo tiempo, signo del misterio de la impiedad y de la injusticia de los hombres (cf. Rom 1,18). Señala exactamente aquello que los poderosos del mundo, es decir, la

patronal, los banqueros, los directivos de los bancos centrales y los políticos que comparten con ellos la ideología neoliberal, tratan de ocultar a toda costa: el ídolo de muerte que el capitalismo ha generado.

2.1.1. *El Capitalismo: «realidad fundamental»*

La advertencia de Juan Pablo II sobre el peligro de caer en «una idolatría del mercado» cayó en saco roto hace veinte años. Otros intereses y preocupaciones eclesíásticas pusieron sordina a estas palabras proféticas del Papa. Ahora ha llegado el momento de hablar alto y sin tapujos del capitalismo como una de las máximas referencias religiosas de la cultura occidental de nuestro tiempo. La crisis económica que padecemos ha puesto de manifiesto, por si todavía había alguna duda, que el verdadero absoluto de nuestro mundo globalizado es el Capital. El poder de unión y relación del dinero ha sustituido funcionalmente al de la religión. La «realidad fundamental» que lo determina todo ya no es Dios, sino el capitalismo. *Mammón* ha vuelto en versión capitalista y hoy más que nunca es el antagonista por antonomasia del Dios cristiano (cf. Mt 6,24).

La crisis económica ha puesto
de manifiesto que el verdadero
absoluto es el Capital

Si la Iglesia del siglo XXI hace suyo este signo del Reinado de Dios, los dis-

cursos sobre la necesidad de una economía al servicio de las personas, como han hecho recientemente los obispos vascos en una impecable pastoral colectiva, no le serán suficientes. Tampoco le bastará con exigir «una nueva y más profunda reflexión sobre el sentido de la economía y de sus fines, además de una honda revisión con amplitud de miras del modelo de desarrollo, para corregir sus disfunciones y desviaciones», como hace Benedicto XVI en su encíclica *Caritas in veritate* [32]. Para cumplir con su vocación de «germen y principio del Reino de Dios» la Iglesia necesita forzosamente mirar hacia su interior. El Pueblo de Dios precisa defender o purificar su fe en el Dios del Reino ante el riesgo que corre de ofrecer al “emperador” divinizado, sin resistencia y bajo nuevos ropajes, el sacrificio prescrito.²⁹ El signo de las desigualdades humanas sitúa a la Iglesia ante la tarea de rastrear la idolatría en sus propias filas e instituciones, pues desde hace mucho también ella está sometida al poder del dinero y en su seno habita una apostasía encubierta. No tiene otra forma de comenzar a deshacerse de sus complicidades en la barbarie de la pobreza del mundo.

El discernimiento del signo de las desigualdades del mundo sugiere la visión del capitalismo de mercado como la versión actualizada del cuarto reino imperial del libro de Daniel. El capitalismo actual no se “antropomorfiza”, sino se “zoomorfiza” como una bestia terrible, espantosa y muy fuerte, que con enormes dientes de hierro come, tritura y pisotea las sobras con sus pezuñas (cf. 7,7). Pero, al mismo tiempo, recuerda a la Iglesia la llamada a ser «germen

y principio» del quinto reino de la visión del profeta, un reino «antropomorfizado» como «hijo de hombre» que procede de Dios (7,13-14), y cuyo «estilo de gobierno» busca un programa mundial de justicia global.³⁰

El signo de las desigualdades obliga a la Iglesia a mirar hacia su interior

Si el Pueblo de Dios hace suyo este signo, sus miembros se sentirán invitados a “antropomorfizar” más y más su estilo de vida alejándose de los estilos “zoomorfizados” patrocinados por el capitalismo. Así nos contemplan: «Los cristianos quieren transformar nuestros respetables hogares musulmanes en mercados. [...] Quieren que compremos esos venenosos productos suyos que no tienen propósito real, para que nos convirtamos en una nación de rumiantes. La gente se pasa el día metiéndose porquería en la boca en vez de rezar a Alá.»³¹

2.1.2. Igualdad y fraternidad universal

Una igualdad y una fraternidad universal sin consecuencias para los miembros de las iglesias ricas es literalmente una estafa para las expectativas de las víctimas de las desigualdades del mundo. El mero sentimiento favorable a la liberación de las situaciones endiabladas de la exclusión y de la marginación no es suficiente. También los gerasenos fueron partidarios de que Jesús librara al endemoniado de su espíritu inmundo, pues

ya nadie podía tenerlo atado ni siquiera con cadenas. Su error fue creer que la victoria sobre el demonio no iba a tener consecuencias para ellos. Cuando comprobaron que habían recuperado un vecino, pero se habían quedado sin sus puercos, le rogaron a Jesús que se largara del país (cf. Mc 5,1-20). Alguna vez con unos granitos de ironía he apostrofado: y es que, ya se sabe, los cerdos como nuestra calidad de vida no tienen desperdicio. El sentimiento no basta. Necesitamos estilos intempestivos de vida austera y solidaria que propicien una civilización alternativa, fraterna, igualitaria y libre. Y el cristianismo proporciona energía y sabiduría para intentarlo y esperanza en lograrlo.³²

Además el signo de la desigualdad remite a una actuación alternativa en el mercado. Hay muchas cosas que los miembros del Pueblo de Dios podemos hacer –y de hecho estamos haciendo– para propiciar cambios en el ámbito de la economía: defender la existencia de alternativas para salir de la crisis,³³ promocionar el comercio justo, discriminar a las empresas que trafican con las personas para abaratar costos, fomentar empresas de economía social, posibilitar la responsabilidad social corporativa de las empresas, promover bancas éticas, etc.

Pero quisiera insistir en algo que he defendido en otras ocasiones. El Sople de Dios busca hoy expertos de la economía que, sin miedo a los descensos profesionales, se dejen mover y dirigir por su fuerza a la búsqueda de alternativas al modelo económico actual. Deberían tenerlo muy en cuenta las *Business School* que tanto proliferan últimamente en las instituciones universitarias ca-

tólicas. En la medida en que hagan suyo este signo, es decir, lo conviertan en sangre de su sangre y carne de su carne, descubrirán que la existencia de departamentos de ética bien dotados no va ser suficiente para garantizar el servicio de la institución universitaria al Reino de Dios. A no ser que se asuma institucionalmente que «no hay ética porque seamos qué es el “bien”, sino porque hemos vivido y hemos sido testigos de la experiencia del mal. No hay ética porque uno cumpla con su “deber”, sino porque nuestra respuesta ha sido adecuada, aunque nunca pueda ser suficientemente adecuada. No hay ética porque seamos “dignos”, porque tengamos dignidad, porque seamos personas, sino porque somos sensibles a lo indigno, a la indignidad, a los excluidos de la condición humana, a los infrahumanos, a los que no son personas»³⁴.

2.1.3. Gestos simbólicos

Finalmente el signo de la desigualdad es una invitación a la realización de gestos simbólicos que den que pensar y generen visiones de otro futuro. Prácticas que evoquen la devolución del mercado a Dios y su no pertenencia al Capital. De manera semejante a cómo la pesca milagrosa de Jesús (cf. Jn 21,1-11) pretendió significar la devolución del lago a Dios, al proclamar que el mar de Tiberiades no era de Roma sino de Dios, y el lago no era de Antipas sino de Jesús.³⁵

Para cerrar este punto propondré un gesto simbólico que me ha sugerido una noticia de prensa. La monja Nora Nash se ha convertido en los últimos años en

la visitante más chocante de los despachos de grandes corporaciones. Los directivos de Goldman Sachs, British Petroleum y Lockheed Martin, entre otros, se han visto obligados a escuchar sus suaves pero implacables reproches. Ella y sus hermanas franciscanas han optado, para abrirse camino hasta las altas instancias, por el activismo accionario, una práctica que consiste en adquirir participaciones de empresas para intervenir en sus juntas de accionistas. De esta manera se tiene la posibilidad de hablar cara a cara con aquellos que toman las decisiones contra las que se quiere protestar. Es un tipo de protesta que practican en Estados Unidos los diversos colectivos del movimiento *Occupy Wall Street*. Y que también ha adquirido notoriedad en España por medio de organizaciones que han alzado la voz en juntas de accionistas de bancos y han lanzado campañas como la llamada «BBVA sin armas», que condena las inversiones del banco en armamento.³⁶

Los gestos
de activismo accionario
deberían generalizarse entre
las autoridades
de la Iglesia católica

Me encantaría que este gesto de activismo accionario se generalizara entre las autoridades de la Iglesia católica. Como paso previo cada institución (diócesis, orden religiosa, organización

católica, etc.) debería hacer pública su participación accionaria en las empresas que cotizan en el mercado bursátil. Una vez que las cuentas del Pueblo de Dios se han dejado claras, el máximo responsable de cada institución eclesial (el Papa, el obispo, el superior provincial o general, etc.) se convertiría en un activista en las juntas de accionistas, recordando en ellas, por ejemplo, algunos de los criterios éticos de la doctrina social de la Iglesia. No me cabe la menor duda de los efectos beneficiosos que este activismo, tan evocador del de Jesús en el templo de Jerusalem, tendría para los pobres del mundo. Ellos se merecen que tengamos la ilusión de que este gesto simbólico se realice y multiplique, aunque no nos hagamos ilusiones de que vaya a ser así.

2.2. La emancipación de las mujeres

La larga lucha de las mujeres por su emancipación es otro importante signo de los tiempos que la Iglesia debe hacer suyo. Las mujeres han sido secularmente víctimas del patriarcado. Un sistema cultural de dominación en el que, como escribe Manuel Castells:

«El hombre se reservó el poder, la producción y la guerra, y la mujer tuvo que asumir todo lo demás. De esa división histórica del trabajo surgieron dos culturas, una dominante, otra dominada, que se convirtieron en esencias a través de los mitos de lo masculino y de lo femenino, hasta parecernos lo natural. Claro que hubo constantes rebeliones, tanto

individuales, como colectivas. Porque la organización de la sociedad no determina enteramente lo que piensa y hace la gente. Pero el estado, en cualquiera de sus formas, incluida la iglesia como parte de él, se encargó de dejar las cosas en su sitio. [...] Eso es el patriarcado. De ahí venimos todos, nuestros prejuicios y nuestra forma de ser. Y así se han hecho las mujeres como cultura colectiva y como personalidad individual.»³⁷

2.2.1. *El orden patriarcal*

A pesar de que la vida de las mujeres ha cambiado más en los últimos cien años que en los tres mil anteriores, el orden patriarcal sigue cubriendo con su alargada sombra la historia que construimos. Para corroborar esta afirmación nos basta con la constatación empírica de que las mujeres son las más empobrecidas del mundo: el 67% de los pobres del mundo son mujeres. Pero además conviene no olvidar que en la mayor parte del mundo las mujeres salen perdiendo por ser mujeres: se las discrimina no solamente en el acceso a los puestos de decisión económica y política, sino también a los bienes básicos como la alimentación, la educación y la salud; y asimismo una de cada tres mujeres es maltratada física y/o sexualmente en el mundo.³⁸

El signo de la emancipación de las mujeres pone de manifiesto por contraste que el orden patriarcal es quizás la más vieja figura histórica del antireino de Dios. Y nos precisa que las mujeres son mayormente las “vicarias”

de Cristo en nuestro mundo, puesto que mayoritariamente los «conmoveros llantos inaudibles de los que nada esperan ya de nadie...» son suyos.

El movimiento de liberación de las mujeres trae consigo vientos de cambio

Las historias emancipatorias de las mujeres son relatos de resistencia y transformación de ese poder inhumano que infrahumaniza la condición de las mujeres y deshumaniza la condición de los varones. Sus conquistas son señales de sus victorias parciales sobre «el poder de lo inhumano»; anticipaciones históricas de la irrupción del Reinado de Dios de manera semejante a como lo fue la actividad liberadora y antidemoníaca de Jesús de Nazaret o la victoria de Cristo resucitado sobre todos los poderes cósmicos de dominación, anunciada por la predicación paulina (cf. Ef 1,20-22)³⁹.

El movimiento de liberación de las mujeres trae consigo vientos de cambio y provoca experiencias «del aliento del Espíritu» en la Iglesia para que nazca de nuevo como «germen y principio del Reino». No le va a resultar nada fácil reconocer este signo del Reino, que irradia desde los márgenes de la tradición dominante androcéntrica y patriarcal que empapa a la institución eclesial. Hacerlo suyo le exige conversión, cambio de prácticas y de mentalidad.

2.2.2. *El patriarcado eclesial*

El patriarcado eclesial es una de las más consistentes formas de esa estructura de dominación cultural, pues se entiende a sí mismo como divinamente establecido. Los varones del gobierno eclesial dicen que su poder ha sido delegado por Dios y que lo ejercen por mandato divino. Además hasta tiempos muy recientes las mujeres han sido tenidas en la Iglesia como inferiores a los varones mental, moral y físicamente, creadas sólo parcialmente a imagen de Dios, e incluso como símbolo envilecido del mal. Y en contraste con todo ello han sido despersonalizadas como un ideal romántico y asexuado, cuya plenitud radica especialmente en la maternidad. Todavía hoy las mujeres ocupan un espacio marginal en la vida oficial de la Iglesia católica, están excluidas de la plena participación en el sistema sacramental, de los centros eclesiales donde se toman las más importantes decisiones, se establecen leyes y se elaboran símbolos, de los roles de liderazgo público eclesial. Es decir, las mujeres están mayoritaria y necesariamente en la Iglesia, pero con un valor limitado.⁴⁰ La situación me parece insostenible. En las actuales condiciones habremos de reconocer, al menos, que la Iglesia se lo pone muy difícil a las mujeres para que la contemplan como «germen y principio del Reino».

Muchas veces he pensado que la Iglesia hizo mucho más por la abolición de la esclavitud el día que nombró presbítero a un esclavo que cuando reconoció como palabra de Dios la carta a Filemón en la que Pablo le ruega que reciba al esclavo Onésimo como a un her-

mano querido. Aquel gesto simbólico no terminó con la esclavitud en el mundo, pero generó la visión de que otro mundo de libertad universalizada era posible. Hoy el signo de la emancipación de las mujeres reclama de la Iglesia institución una práctica simbólica semejante, que reconozca el potencial emancipador que la causa feminista tiene para toda la humanidad, y genere la visión de que es posible otro mundo en el que la causa feminista se haya universalizado *de facto*.⁴¹

2.2.3. *Una revisión importante y urgente*

Esta nueva práctica eclesial sólo será posible, si va precedida de la revisión del androcentrismo inoculado en la tradición católica. Con este fin el diálogo con las aportaciones críticas y positivas de la teología feminista resulta imprescindible. Encerrarse a cal y canto tras una lectura fundamentalista de la doctrina eclesiástica solamente conseguirá retrasar algunos cambios que la Iglesia católica necesariamente debe realizar, si quiere actualizar su vocación sacramental [cf. *LG* 1]. Las autoridades eclesiásticas pueden aprender de su propia historia con las mujeres. No en vano han revisado y rechazado la propuesta de Tomás de Aquino sobre la naturaleza defectuosa de la mujer (cf. *STI*, q.92, a.1, ad.1). O ¿me equivoco?

Señalo tres espacios teológicos, cuya revisión me parece más importante y urgente:

1) Un lenguaje sobre Dios que usa exclusiva, literal y patriarcalmente términos masculinos.⁴²

2) Una teología de la cruz, que ha servido para reforzar el sistema de sometimiento sufrido por las mujeres.⁴³

3) Una utilización de imágenes alegóricas y simbólicas de la Escritura como normativas y arquetípicas de la esencia de la feminidad y la masculinidad, que oculta el rostro de las mujeres de carne y hueso, su existencia cotidiana y la herida lacerante de su discriminación.⁴⁴

Los vientos de cambio embeben el Sople de Dios que empuja a la jerarquía a ir más allá de la actual construcción eclesiástica del ser mujer, que de ninguna manera es capaz de dar cuerpo en la historia al flujo de liberación y justicia que el Reinado de Dios ha introducido en ella.

2.3. El pluralismo cultural

Una de las muchas paradojas que caracteriza a nuestro mundo es que la creciente globalización va acompañada de nuevas diferenciaciones culturales y religiosas. Cosmopolitismo y particularidad no son realidades opuestas, sino complementarias. Nos encontramos en una época de diferencias entrelazadas. Las diversas culturas presentes en nuestro mundo no solamente coexisten unas junto a otras, sino que además mantienen entre sí relaciones dinámicas que, como nos recuerda un informe de la UNESCO, necesitamos y debemos aprender a orientar no hacia una confrontación, sino hacia una coexistencia fecunda y una armonía intercultural.⁴⁵

Este desiderátum hoy se encuentra muy amenazado. Occidente promueve tan pertinaz como avasalladoramente el

modelo cultural norteamericano por todo el mundo. El Norte rico pretende universalizar con una inaudita incontenencia su modelo cultural. El encanto y la riqueza de la diversidad van cediendo ante la fulminante ofensiva de la estandarización, la homogeneización y la uniformización. «Todo el mundo percibe a su alrededor que la coartada de la modernidad sirve para que todo se doblegue al nivel de una estéril uniformidad. De un extremo al otro del planeta se impone un estilo de vida parecido, expandido por los medios y prescrito machaconamente por la cultura de masas. De la Paz a Uagadugú, de Kioto a San Petersburgo, de Orán a Amsterdam, las mismas películas, las mismas series televisadas, las mismas informaciones, las mismas canciones, los mismos eslóganes publicitarios, los mismos objetos, la misma ropa, los mismos coches, el mismo urbanismo, la misma arquitectura, el mismo tipo de apartamentos, con frecuencia amueblados y decorados de forma idéntica...»⁴⁶. Esta clase de universalización cultural se ha ganado el calificativo de “cocacolonización”.⁴⁷

Urge orientar
las relaciones interculturales
hacia una coexistencia fecunda
y armónica

La interculturalidad como proyecto sociopolítico en el que de manera intencionada y planificada se conjuguen: a) el respeto por y la asunción de la diversidad cultural preexistente; b) la recrea-

ción de todas y cada una de las culturas presentes; y c) la emergencia de una nueva síntesis, no ha abandonado todavía el estado de los ensayos teóricos de laboratorio o de la reclamación de derechos pendientes. Sin embargo resulta cada día más urgente y necesario caminar en esa dirección.

2.3.1. *Identidad cultural*

Cada vez con mayor frecuencia Occidente recibe la negativa de las otras culturas a identificar modernización con occidentalización. Una y otra vez le recuerdan que su pretensión de universalizar su cultura es *falsa* porque desprecia el hecho de la diversidad cultural; *immoral* porque oculta en su interior la pretensión de un poder imperialista; y *peligrosa* porque mantiene de manera fundamentalista el carácter innegociable de su visión de valores como el progreso, la tecnología, la democracia y, sobre todo, el mercado económico mundial. La oposición a esta violencia cultural está dando lugar a una recomposición del mundo en el que particularmente la conciencia de etnicidad juntamente con la conciencia femenina son sus sujetos más activos. Una ola de indigenismo y de resurgimiento de las culturas no occidentales recorre nuestro planeta. Pero con ella las banderas y otros símbolos de identidad cultural (como las cruces, las medias lunas, los modos de cubrirse la cabeza, las religiones, etc.) han recobrado una inusitada importancia. Personas individuales y grupos humanos descubren identidades nuevas o viejas, que están dispuestos a defender incluso hasta el extremo de hacer guerras contra enemigos nuevos o viejos. Es creciente

el riesgo del «choque de civilizaciones» (S. P. Huntington) o de «choques entre culturas» (F. Fernández Buey), cuyas dimensiones pueden llegar a ser muy considerables.

Desde la marginalidad de las culturas amenazadas, el pluralismo cultural se percibe como un signo del Reinado de Dios, como una oportunidad histórica (como un *kairós*) para la actualización en el siglo XXI de la inversión de la lógica de Babel acontecida en Pentecostés (cf. Act. 2,1-11). Un proyecto de armonía intercultural para nuestro mundo está siendo reclamado y posibilitado por la emergencia del Espíritu de Dios en todas las culturas.

La autoridad eclesial debe reubicarse en el mundo como una Iglesia universal culturalmente policéntrica

Si hace suyo este signo de los tiempos, la autoridad eclesial deberá afrontar un cambio gigantesco en la propia configuración histórica de la Iglesia. Habrá de transitar por nuevas rutas culturales, dejar de ser una Iglesia de cultura excesivamente monocéntrica y eurocéntrica y reubicarse en el mundo como una Iglesia universal culturalmente policéntrica (J. B. Metz).

2.3.2. *Una Iglesia de cultura excesivamente monocéntrica*

El cristianismo sigue inculturado exclusivamente en la cultura occidental. El

destino universal del Evangelio se encuentra seriamente comprometido desde hacía siglos, como consecuencia de su (des-)encuentro con las culturas amerindias, asiáticas y africanas. La tarea misional, reiniciada en el siglo XVI, fue incapaz de percibir o asumir consecuentemente la distinción entre fe y cultura. Los resultados finales fueron una evangelización confundida con occidentalización, una fe (propuesta o impuesta) indivisiblemente unida a una cultura ajena y yuxtapuesta a la propia, y, lo que es mucho más grave, innumerables víctimas humanas y destrozos culturales como consecuencia de semejante desatino. Cinco siglos más tarde la Curia romana sigue otorgando un carácter absoluto a la interpretación occidental/romana del cristianismo, que provoca la impermeabilidad de las otras culturas al Evangelio. Este comportamiento cierra las puertas de esas culturas “minorizadas” a Cristo, mientras paradójicamente se las ruega con tonos patéticos que las abran. En el siglo XXI en la Iglesia se sigue reproduciendo el conflicto judaizante de la circuncisión: hoy ya no se necesita ser judío para ser católico, pero es imprescindible ser culturalmente occidental y europeo. La presión del poder central romano reprime hasta la asfixia las legítimas pretensiones de inculturación del Evangelio de las Iglesias locales periféricas. Hasta el punto de que todavía es más exacto hablar de Iglesias europeas en África, en Asia o en Altiplano andino que de Iglesias africanas, asiáticas o andinas. Las causas que originaron la penosa historia de De Nobili y Ricci siguen vivas. Si las Iglesias de la periferia no son capaces de

superar este control opresivo, la inculturación de la fe⁴⁸ en las culturas no occidentales se hará inviable.

2.3.3. Una Iglesia universal culturalmente policéntrica

Si hace suyo el signo de la diversidad cultural, la Iglesia renacerá en un nuevo Pentecostés como «germen y principio del Reino» para nuestro mundo. Su propio pluralismo cultural mostrará que el Evangelio no solamente puede llegar a expresarse con los elementos propios de las más diversas culturas, sino que, como recordó Pedro Arrupe, posee un dinamismo capaz de convertirlo en principio inspirador, normativo y unificante, que transforma y recrea las culturas, dando lugar a una nueva creación.

Es necesario reconocer el pluralismo cultural como signo del Reinado de Dios

El Sople de Dios la empuja en la dirección de una apropiación de la diversidad cultural, que la ponga más eficazmente al servicio de una cultura mundial de la fraternidad. Así la Iglesia contribuirá, más decisivamente que con toda su doctrina social, a alumbrar formas culturales de «seguir diciendo lo humano» (J. Muguerza) en la convivencia, impregnadas con los talentos de la fraternidad, del reconocimiento de los derechos del otro, y del respeto y potenciación de la diversidad cultural. La realización del viejo mito de la ciuda-

danía universal, cuya construcción se ha convertido hoy en una cuestión de supervivencia para *toda* la humanidad, parece hacer más urgente el reconocimiento del pluralismo cultural como signo del Reinado de Dios.

2.4. La cultura democrática

La crisis económica mundial está dejando meridianamente clara la gran amenaza que se cierne sobre la democracia. El sistema democrático está en peligro, en creciente riesgo de desvanecerse por el impacto del mercado. Golpe a golpe la dictadura del capitalismo lo va destruyendo, mientras promueve un fascismo social que criminaliza a los pobres y a los indignados del 15M. Todos los días nos desayunamos con la noticia de que las autoridades políticas europeas actúan por “obediencia debida...” a los mercados.

En plena incertidumbre se abre paso la certeza de la necesidad del cambio. Como U. Beck declaraba recientemente en la prensa, «la crisis financiera mundial es el Chernóbil de los neoliberales, de todos los que creen que el mercado lo arregla todo. Ha de haber algo más, una visión de la democracia distinta, que no se ve en los debates de los partidos, no otras instituciones, sino procedimientos para que la gente participe más...»⁴⁹.

El sistema democrático nunca ha sido reconocido por la Iglesia institucional como un signo del Reinado de Dios, a pesar de haber sido un colosal progreso humanizador. Evidentemente está contaminado desde su origen, pero no más que el antiguo régimen del gobierno autocrático de los reyes. A duras pe-

nas la institución eclesial lo ha aceptado como una realidad fáctica con la que hay cargar y en la que hay que negociar cotas de poder con sus representantes.

Hoy más que nunca es urgente que la jerarquía perciba la democracia como un signo del Reino de Dios, lo haga suyo, y reconozca su cultura de la igualdad, de la libertad y de los derechos humanos como anticipación parcial de la utopía del Reinado de Dios en la historia. Obviamente, si asume el signo de la democracia, como forma de vida y talante eclesial, la Iglesia entrará necesariamente en procesos de cambio y transformación de su figura histórica actual, que en gran medida es hoy reflejo del antiguo régimen autocrático. Pero este cambio constituirá su mejor servicio a las democracias actuales.

Asumir la democracia como
un signo del Reino de Dios
facilitaría que la Iglesia entre en
un proceso de cambio
y transformación

Nuestras democracias demediadas están demandando realidades simbólicas que las ayuden a trascender y superar sus objetivos pragmáticos y romos de utopía solidaria. Una realidad simbólica es aquella que tiene la capacidad de provocar el anhelo y el deseo de la realidad significada, y de convocar a los hombres en el esfuerzo común por construirla y vivirla. Lo simbólico *da un qué-pensar* (P. Ricoeur), pero también

provoca un qué-hacer. La jerarquía eclesiástica no debiera contentarse con realizar llamadas a la regeneración moral de las democracias reales. Su condición de «germen y principio del Reino» emplaza a la Iglesia con la necesidad de que la democratización de sus estructuras y mecanismos de gestión haga presente y visible su condición de misterio de comunión a los ojos de los ciudadanos europeos de hoy. Un progreso en esa dirección supondrá una mayor condensación de su potencial simbólico, y consecuentemente una mejor oportunidad de convertirse en referente utópico de un proyecto político de *democracia integral*, que supere las deficiencias del modelo participativo de nuestras democracias occidentales y capitalistas.

El Sople de Dios que promueve este cambio de dirección de la Iglesia católica es la misma brisa suave que soporta y alimenta la democracia. Así lo ha visto G. Zagrebelsky:

«No es casual la propensión hacia formas autocráticas de gobierno [...] propia de todas las concepciones políticas basadas en la verdad y en la lucha contra el error. Así ha sido para el catolicismo. Sólo en la segunda mitad del siglo xx se ha abierto un difícil debate que ha llevado al Concilio Vaticano II a optar preferentemente por la democracia como el régimen más acorde con la igual dignidad de todos los seres humanos, de igual filiación divina [...]. El dios que es compatible con la democracia —que puede incluso ser su soporte y alimento— no es el dios que divide, que habla para ordenar y

condenar; no es la potencia que reina en el mundo. Es más bien el dios que espléndidamente se le aparece al profeta Elías en el monte Oreb (1 Re 19,11-13), en un diálogo lleno de respeto y libertad: “Entonces Yahvé pasó y hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebraba las rocas ante Yahvé; pero en el huracán no estaba Yahvé. Después del huracán, un terremoto; pero en el terremoto no estaba Yahvé. Después del terremoto, fuego; pero en el fuego no estaba Yahvé. Después del fuego, el susurro de una brisa suave [...] Al oírlo Elías, se tapó el rostro con el manto” en señal de respeto. No se marchó, lanza en ristre, bajando la celada. También porque a la voz que los hombres reciben del Señor de este modo discreto, se ajusta lo que dice el salmista: “Dios ha hablado una vez; dos veces, lo he oído” (Sal 62,12), lo que significa la duda, el apuro de no haber entendido bien, que constituye la condición existencial de quien vive en la fe (que sólo quien cree en algo puede dudar). Frente a ello, la pretensión del hombre —cualquiera que sea su posición en la sociedad de los creyentes— de ostentar una verdad, sustituyendo la palabra susurrada por Dios por la suya, puede parecer incluso blasfema. Y la obediencia pasiva que se presta a aquélla puede parecer incluso idolatría.»⁵⁰

2.5. Punto final

La crisis de comunicación con la sociedad que padece la Iglesia la ha situado

en un punto crítico que algunos consideran de “no-retorno”. Ni sospechar permanentemente de la novedad, ni guarecerse numantivamente en el pasado ante los “vientos” de cambio, jamás debieran ser las consignas eclesiales para salir de semejante atolladero. Ése no es el clima para la siembra del Evangelio de Dios en el mundo.

Los signos de los tiempos son, ante ella y para ella, llamadas del Espíritu a

abrir nuevos caminos al Reinado de Dios. Su lectura y discernimiento serán expresión acabada de su fidelidad a Aquel que viene por medio del Espíritu de Dios. Constituirán una forma excelsa de mantener abierto permanentemente el diálogo de los hombres con las llamadas de Dios, pues en ese discernimiento la Iglesia se mantiene en diálogo, al mismo tiempo, con los hombres y con Dios.

1. Cf. Dolores ALEIXANDRE, «De Elías a Juan de la Cruz. Un itinerario de silencio», en *Revista Catalana de Teología*, XXV (2000), pág. 191-201.
2. Concilio Vaticano II, *Constituciones, Decretos y Declaraciones*, Madrid, BAC, 1968, pág. 9.
3. Cf. M. D. CHENU, *Los signos de la época en AA.*, *La Iglesia en el mundo actual. Constitución «Gaudium et Spes»*. *Comentarios al Esquema XIII*, Bilbao, DDB, 1968, pág. 95-102.
4. Cf. además de los textos aquí transcritos PO 9b; UR 4a; AA 14c.
5. «Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza.» (GS 4)
6. «El Pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas.» (GS 11)
7. «Es propio de todo el Pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la Verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada.» (GS 44a)
8. Cf. «La Iglesia católica-romana no es la verdadera Iglesia de Cristo», *Revista Latinoamericana de Teología* 83, mayo-agosto 2011, pág. 255-265.
9. Cf. J. I. GONZÁLEZ FAUS, *La autoridad de la verdad. Momentos oscuros del magisterio eclesial*, Barcelona, Herder 1996, pág. 189-223.
10. Cf. J. PEREA, «Disentir para reformar la Iglesia», *Iglesia Viva*, 245 2011/1, pág. 61-100.
11. Cf. Víctor CODINA, *Creo en el Espíritu Santo. Pneumatología narrativa*, Santander, Sal Terrae 1994, pág. 155-159.
12. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Salamanca, Sígueme, 1969, pág. 293-294.
13. Cf. V. R. AZCUY, «El Espíritu y los signos de los tiempos. Legado, vigencia y porvenir de un discernimiento teológico», *Concilium* 342 (septiembre 2011), pág. 603.
14. Cf. J. COMBLIN, «Los signos de los tiempos», *Concilium* 312 (septiembre 2005), pág. 530
15. Luis GONZÁLEZ-CARVAJAL. *Los signos de los tiempos. El Reino de Dios está entre nosotros...* Santander, Sal Terrae, 1987, pág. 231.
16. J. COMBLIN, o.cit., pág. 532.
17. La fórmula «Padre/Cabeza de la familia del mundo» es de J. D. CROSSAN, *Cuando oréis, decid: «Padre nuestro...»* Santander, Sal Terrae, 2011, pág. 43-69.
18. En Nm 24,4.16 se sugiere la mística de ojos abiertos. El texto litúrgico del lunes de la tercera semana de Adviento traduce los versículos de esta manera: «oráculo del que escucha palabras de Dios, que contempla visiones del Poderoso, en éxtasis, con los ojos abiertos.»
19. Cf. *Ibid.*, pág. 93-117.
20. Cf. J. MOLTSMANN, *La Iglesia, fuerza del Espíritu*, Salamanca, Sígueme, 1978, pág. 232-233.
21. Cf. J. L. SEGUNDO, «Revelación, fe, signos de los tiempos», *Revista Latinoamericana* 14, Mayo-Agosto 1988, pág. 139.
22. J. B. METZ, *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Santander, Sal Terrae, 2007, pág. 146.

23. Cf. o. cit., pág. 57-101; 232-234.
24. «La recepción del Vaticano II en Latinoamérica. El lugar teológico 'la iglesia y los pobres'» en G. ALBERIGO-J. P. JOSSUA (eds.), *La recepción del Vaticano II*, Madrid, Cristiandad, 1987, pág. 213-214.
25. Cf. D. TRACY, *Pluralidad y ambigüedad. Hermenéutica, religión, esperanza*, Madrid, Trotta, 1997, pág.156, n. 56.
26. Cf. Jon SOBRINO, *Jesucristo Liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*, Madrid, Trotta, 1991, pág. 330.
27. Cf. R. DÍAZ-SALAZAR, *Desigualdades internacionales. ¡Justicia ya!*, Barcelona, Icaria, 2011. La cita en pág. 5.
28. Por razones de edición del cuaderno omito datos cuantitativos de las desigualdades nacionales e internacionales, que se pueden encontrar con mucha facilidad.
29. Cf. T. RUSTER, *El Dios falsificado. Una nueva teología desde la ruptura entre cristianismo y religión*, Salamanca, Sígueme, 2011, pág. 13-14.
30. Cf. CROSSAN, o. cit. pág. 93-98.
31. F. MERNISSI, *Sueños en el umbral. Memoria de una niña del harén*, Barcelona, Muchnik, 1997, pág. 217.
32. Cf. F. J. VITORIA, «Al servicio de la fraternidad humana. Profecía y sabiduría de la tradición de Jesús de Nazaret», *Iglesia Viva* 244 (octubre-diciembre 2010), pág. 83-100.
33. Cf. A. COMÍN I OLIVERES-L. GERVASONI I VILA (Coords.), *Democràcia econòmica. Vers una alternativa al capitalisme*, Barcelona, Catalunya segle XXI, 2009; B. BASTIDA, *Crisis, ¿un final por escribir? Causas, consecuencias y salida a una crisis de sistema*, Barcelona, Cristianisme i Justicia, Cuaderno 173; V. NAVARRO, J. TORRES LÓPEZ y A. GARZÓN ESPINOSA, *Hay alternativas*, Madrid, Sequitur ATTAC, 2011.
34. J.C. MÈLICH, *Ética de la compasión*, Barcelona, Herder, 2010, pág. 222.
35. Cf. J. D. CROSSAN, o.cit., pág. 143-168.
36. Promovida por SETEM, *Justícia i Pau y Observatori del deute en la globalització* (www.bbvasinarmas.org)
37. M. CASTELLS - M. SUBIRATS, *Mujeres y hombrés: ¿Un amor imposible?*, Madrid, Alianza Editorial, 2007, pág. 16-17.
38. Cf. L. RAMÓN, *Mujeres de cuidado. Justicia, cuidado y transformación*, Barcelona, Cristianisme i Justicia, Cuaderno 176, pág. 21-23.
39. Cf. J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Otro mundo es posible... desde Jesús*, Santander, Sal Terrae, 2010, pág. 137-186.
40. Cf., E. A. JOHNSON, *La que es. El misterio de de Dios en el discurso teológico feminista*, Barcelona, Herder, 1992, pág. 42-50.
41. Pueden encontrarse unas interesantes pautas acerca de la universalización de la causa feminista en L. RAMÓN, o.cit., pág. 18-19.
42. Cf. E. A. JOHNSON, o.cit., pág. 56-59.
43. Cf. E. SCHÜSSLER FIORENZA, *Cristología feminista crítica. Jesús, Hijo de Miriam, Profeta de la Sabiduría*, Madrid, Trotta, 2000, pág. 141-182.
44. Cf. L. RAMÓN, *Queremos el pan y las rosas. Emancipación de las mujeres y cristianismo*, Madrid, HOAC, 2011, pág. 150-151.
45. Cf. UNESCO, *Nuestra diversidad creativa. Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo*, Madrid, Fundación Santa María/SM, 1997, pág. 9.
46. I. RAMONET, *Un mundo sin rumbo. Crisis de fin de siglo*, Madrid, Debate, 1997, pág. 63.
47. Cf. A. PIERIS, *¿Universalidad del cristianismo?* en Cristianisme i Justicia, *Universalidad de Cristo. Universalidad del pobre. Aportación al diálogo interreligioso*, Santander, Sal Terrae, 1995, pág. 162.
48. Cf. A. TORRES QUEIRUGA, «Inculturación» en C. FLORISTÁN-J.J. TAMAYO, (eds.), *Conceptos fundamentales de Pastoral*, Madrid, Cristianidad, 1983 y en Id. *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Madrid, Trotta, 1993, pág. 471-480 y 611- 619 respectivamente; P. SUESS, *Inculturación*, en I. ELLACURÍA-J. SOBRINO, (eds.), *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la Teología de la Liberación II*, Madrid, Trotta, 1990, pág. 377-422.
49. Cf. *El Correo*, 1/12/2011, pág.38.
50. Cf. G. ZAGREBELSKY, *Contra la ética de la verdad*, Madrid, Trotta, 2010, pág. 138-139.

CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN

1. El autor dedica el Cuaderno a una serie de personas. ¿Te sitúas en algún grupo de los que enumera? ¿Cuáles son tus esperanzas y tus sueños?
2. ¿Qué vientos de cambio te parece que corren por la Iglesia en estos días de encrucijadas y aturdimiento? ¿Es posible averiguar dónde sopla el Espíritu y en qué dirección, para dejarnos mover por él, y no por “otros aires”, aunque soplen desde la curia vaticana?
3. ¿Qué te parece que ayudaría a la Iglesia a detectar señales del Reino en medio de las ambigüedades de nuestro presente? ¿Cuándo la Iglesia es “radar” que descubre y señala el paso de Dios por la historia y cuándo se convierte en “ciudadela amurallada” protegida del mundo y enfrentada con él?
4. El autor propone cuatro signos de los nuevos tiempos inaugurados por Jesús de Nazaret: las desigualdades del mundo, la emancipación de las mujeres, el pluralismo cultural y la democracia.

Ha llegado el momento de hablar alto y sin tapujos del capitalismo como una de las máximas referencias religiosas de la cultura occidental de nuestro tiempo. La crisis económica que padecemos ha puesto de manifiesto, por si todavía había alguna duda, que el verdadero absoluto de nuestro mundo globalizado es el Capital. La «realidad fundamental» que lo determina todo ya no es Dios, sino el capitalismo. *Mammón* ha vuelto en versión capitalista y hoy más que nunca es el antagonista por antonomasia del Dios cristiano (cf. Mt 6, 24).

¿Crees que necesitamos estilos intempestivos de vida austera y solidaria que propicien una civilización alternativa, fraterna, igualitaria y libre? ¿Proporciona el cristianismo energía y sabiduría para intentarlo y esperanza en lograrlo?

¿Que te parece que es necesario reformar en la Iglesia para que haya mayor igualdad entre el hombre y la mujer?

¿Dónde tendría que poner el acento en lo referente al pluralismo cultural?

¿Qué estructuras deberían ser transformadas para hacer visibles una cultura de la democracia?

5. Si eres de los esperanzados, al final de la lectura te sentirás reforzado por:

El soplo de Dios viene envuelto en los vientos recios de cambio que hoy recorren nuestro mundo. Unas veces chocando, otras sorteando, pero siempre pugnando con otras corrientes poderosísimas que pretende sofocarlos para perpetuar “el desorden establecido” en el que vivimos.

Y te sentirás llamado a discernir signos de los últimos tiempos en esas experiencias humanas que se han llamado «experiencias de contraste» y que *señalan lo que Dios no quiere porque se opone al Reinado de Dios.*

Cristianisme i Justícia (Fundación Lluís Espinal) es un Centro de Estudios promovido por la Compañía de Jesús de Catalunya. Agrupa un equipo de profesores universitarios y especialistas en teología y en diversas ciencias sociales y humanas interesados por el cada vez más indispensable diálogo cultural fe-justicia.

La colección *Cristianisme i Justícia* presenta algunas de las reflexiones de los seminarios del equipo del Centro o algunos de los trabajos de sus miembros y colaboradores.

146. C-A. TREPAT, ¿Educar sin instruir? - 147. J. CARRERA, Identidades para el siglo XXI - 148. CRISTIANISME I JUSTÍCIA, Comentario a la "Notificación" sobre Jon Sobrino - 149. J. GARCÍA ROCA, Educación para la Ciudadanía - 150. S. BUSQUETS, Nuestros vecinos de la calle - 151. J. FLAQUER, Vidas Itinerantes - 152. SERVICIO JESUITA A MIGRANTES (SJM) - ESPAÑA, Inmigrantes: ¿Invasores o ciudadanos? - 153. X. ALEGRE, J. GIMÉNEZ, J. I. GONZÁLEZ FAUS, J. M. RAMBLA, ¿Qué pasa en la Iglesia? - 154. J. BOTEY, Construir la esperanza - 155. D. VELASCO, La propiedad ¿Es un robo? - 156. D. VELASCO, Hacia una visión cristiana de la propiedad - 157. M. D. OLLER, Construir la convivencia - 158. J. M. GORDO, La cristología de Joseph Ratzinger - Benedicto XVI - 159. CUATRO TESTIMONIOS, Por qué volví a la fe - 160. J. GIMÉNEZ, Las preguntas que llevamos dentro - 161. J. CARRERA I CARRERA, El problema ecológico: una cuestión de justicia - 162. J. F. MÀRIA I SERRANO, El joven, el gurú y el pájaro - 163. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Miedo a Jesús - 164. S. THIÓ - M. LL. GERONÈS, ASSOCIACIÓ ÀKAN, ¿Y quién dices que soy yo? - 165. X. ALEGRE, Resistencia y esperanza cristianas en un mundo injusto - 166. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Nada con puntillas: fraternidad en cueros - 167. CÀRITAS DIOCESANA DE BARCELONA I CRISTIANISME I JUSTÍCIA, Una mirada a la pobreza - 168. P. ARROJO, Crisis global del agua - 169. D. IZUZQUIZA, Al partir el pan - 170. J. CARRERA, Cristianismo y sociedad desde la perspectiva ética - 171. G. DUCH, F. FERNÁNDEZ SUCH, La agroindustria bajo sospecha - 172. J. LAGUNA, Hacerse cargo, cargar y encargarse de la realidad - 173. B. BASTIDA, Crisis, ¿un final por escribir? - 174. J. I. GONZÁLEZ FAUS, "Ya voy, Señor". Contemplativos en la relación - 175. J. BOTEY, Curas obreros. Compromiso de la Iglesia con el mundo obrero - 176. L. RAMÓN, Mujeres de cuidado - 177. J. I. GONZÁLEZ FAUS, El naufragio de la izquierda - 178. F. J. VITORIA, Vientos de cambio

Los títulos que están agotados en formato papel se pueden descargar en internet: www.cristianismejusticia.net

N. 178, febrero 2012

La Fundación Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ a quien los solicita. Si usted desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona

Tel: 93 317 23 38 - fax: 93 317 10 94

info@fespinal.com - www.cristianismejusticia.net